

★ EL PRIMER MAESTRO ★
CHINGUIZ AITMATOV



Annotation

El valor de una escuela en una zona remota donde a nadie le interesa estudiar, es el motor que lleva al personaje Diuishén (ex soldado semi analfabeto) a poner la primera escuela de la comunidad en una caballeriza, a esta escuela asiste Altináy, quien con los años se convertiría en importante personaje de las ciencias en el país. Luego de varias décadas, maestro y alumna volverán a encontrarse en el mismo pueblo, en diferentes condiciones.

- [CHINGUIZ TOREKULOVICH ÄİTMATOV](#)
 - [Sinopsis](#)
 - [Al lector](#)
 -
 - [El Primer Maestro](#)
 -
 - [notes](#)
 -
 -
 -
 -
 -
-

CHINGUIZ TOREKULOVICH AÏTMATOV

El primer maestro

Traducción de Isabel Vicente

Lóguez Ediciones

Sinopsis

El valor de una escuela en una zona remota donde a nadie le interesa estudiar, es el motor que lleva al personaje Diuishén (ex soldado semi analfabeto) a poner la primera escuela de la comunidad en una caballeriza, a esta escuela asiste Altináy, quien con los años se convertiría en importante personaje de las ciencias en el país. Luego de varias décadas, maestro y alumna volverán a encontrarse en el mismo pueblo, en diferentes condiciones.

Título Original: *Pervyi uchitel*

Traductor: Vicente, Isabel

©1962, Aitmatov, Chinguiz Torekulovich

©1983, Lóguez Ediciones

Colección: La joven colección

ISBN: 9788485334315

Generado con: QualityEbook v0.72

Al lector

En tiempos de Alejandro el Magno, tres núcleos de población se repartían el territorio que ocupa hoy la gran Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas: el núcleo eslavo, el núcleo indoiranio del Cáucaso y el núcleo turanio del antiguo Turquestán. De los habitantes del núcleo turanio, sólo los tadchiks sobrevivieron a los asaltos de los ejércitos de Mongolia, refugiándose en los altos valles de Badakchan y Pamir; el resto, fue barrido por los invasores, y las poblaciones asiáticas que se formaron con las capas sucesivas aportadas por cada una de las oleadas de jinetes mongoles cuajaron en varias comunidades étnicas: en los valles del Sir-Daria superior y del Zeravschán, al pie de las montañas del Tian-Chan, los horticultores uzbekos; en las arenas de los kums meridionales, en el límite entre Irán y Turquía, los turkemenos; y al norte, los pastores kazajos de las estepas y los pastores kirguises de las montañas.

Al margen del atraso secular de toda Rusia, estas regiones cercanas a China y a Mongolia tuvieron una cadencia del desarrollo infinitamente más lenta; de tal modo, que cuando el proletariado ruso tomó el poder en 1917, uzbekos, turkemenos, kazajos y kirguises vivían aún —casi sin excepción— en la barbarie.

El territorio de Kirguisia se identifica con la parte soviética del Tienshan, y la región está cubierta casi por entero de altas y salvajes montañas y de pequeños valles, aptos sólo para el pastoreo itinerante. Cortando las montañas, serpentean algunos ríos que corren, entre sauces y olmos, a regarse en las tierras parduscas de una estrecha franja de llanuras que se extiende al norte.

Los habitantes de esa remota región del Asia Central vivían en 1917 como habían vivido sus antepasados seis o siete siglos antes. Eran pastores nómadas, que desconocían el arte de cultivar la tierra y que pasaban sus días con las

yurtas (casas plegables) a cuestras, moviendo lentamente sus rebaños de ovejas o sus manadas de pequeños pero resistentes caballos según las estaciones: en invierno, bajando de las montañas a los valles; en primavera, volviendo a tomar lentamente el camino de las montañas. Hasta hace sesenta años, aquellos pastores no sabían leer, ni escribir, ni siquiera tenían una grafía para su musical dialecto. No conocían del mundo más que aquello que podían ver sus ojos: montañas al sur, montañas al este, montañas al oeste, y al norte, las Montañas Grandes («el reino del silencio y de las estrellas») y, más allá, las vastas y solitarias estepas kazajas.

Con la Revolución de Octubre, el pueblo kirguisio pudo despertar del sopor que desde hacía siglos adormilaba la vida en aquellas tierras marginales y castigadas. El viajero que llega hoy a Kirguisia y conoce algo de su historia, no puede menos que admirarse del desarrollo que ha alcanzado esta montañosa república del Asia Central Soviética. Hoy Kirguisia posee una universidad, institutos politécnicos y otros centros superiores. Se editan unas cien publicaciones periódicas y más de diez revistas. En la república se han montado grandes empresas industriales equipadas con técnica moderna. Se extraen metales valiosos, se producen motores eléctricos, máquinas-herramienta, aparatos de precisión... Sí, ya nada puede asombrar al viajero que llega a Kirguisia después de haber visto fábricas, felicidad y desarrollo cultural donde apenas medio siglo antes sólo había miseria e ignorancia. Pero todavía queda tiempo para una nueva sorpresa: en ese mismo reducido número de años, los kirguisios han producido una literatura revolucionaria rica y profunda, en la cual cabe destacar la obra de un narrador conocido y admirado mundialmente: Chinguiz Aitmatov.

Aitmatov nació el 12 de diciembre de 1928 en la aldea kirguisiana de Sheker, en el valle de Talask. Fue secretario del soviet de su aldea durante la Gran Guerra Patria. En 1946

inició estudios de veterinaria en Djambul, ciudad próxima a Kazajastan; los continuó en el Instituto Agrícola de Kirguisia, donde se graduó en 1953. A partir de ese año hasta 1956 trabajó en la granja experimental del Instituto de Investigaciones Científicas para la cría del ganado en Kirguisia. Entre 1956 y 1958 estudió literatura en el Instituto Gorki de Moscú; en 1957 ingresó ya en la Unión de Escritores Soviéticos. En 1963 recibe el premio Lenin por sus Relatos de la montaña y de la estepa.

El primer maestro (llevado al cine en 1965 por el realizador Andrei-Mijailov Konchalovski) es la historia de un joven soldado rojo que llega a su Kirguisia natal después de haber participado en la Guerra Civil. Lleva un viejo capote de soldado y está ardientemente convencido de que, en los tiempos nuevos que se avecinan, los hijos de los labriegos podrán hacer muy poco por el poder soviético si no saben leer y escribir. Se hace maestro y —aún cuando él mismo es casi analfabeto— se decide a enseñar a los niños aldeanos. Pero tendrá que luchar, casi solo, contra la naturaleza, el oscurantismo de los aldeanos y las supervivencias de un régimen de explotación feudal. El joven Diuishen tiene tal fe en su obra, que nada lo detiene. ¡Y qué puro y arrebatado amor el que le inspira a la joven Al-tináí su quijotesco maestral ¡Y de qué hermosa manera intuye ella el cálido mensaje de solidaridad comunista que trae aquel joven representante del poder soviético!

Los lectores cubanos que participaron en nuestra magna campaña de alfabetización, en 1961, se sentirán muy cerca del joven protagonista, Diuisten, y compartirán con él alegrías y esperanzas.

LUIS ROGELIO NOGUERAS

El Primer Maestro

Abro la ventana de par en par. En el cuarto penetra un torrente de aire fresco. A la difusa claridad de las azuladas tinieblas, contemplo los estudios y esbozos del cuadro que he empezado a pintar. Hay muchos. Repetidas veces lo he comenzado todo de nuevo. Pero no es posible juzgar aún el cuadro en su conjunto.

No he hallado todavía lo principal, aquello que llega de pronto, tan irresistiblemente, con la misma claridad creciente y la sutil e inexplicable sonoridad en el alma con que llegan las tempranas auroras estivales. Ando en medio del silencio que precede al amanecer y no hago más que pensar, pensar y pensar. Así, cada día. Y cada día me convengo más de que mi cuadro no pasa de ser un proyecto.

No hay partidario de hablar de antemano a nadie, ni siquiera a los amigos más allegados, de cosas inacabadas. Y no porque sea excesivamente celoso de mi trabajo, sino porque, según creo, si difícil es adivinar cómo será el niño que hoy está en la cuna, no lo es menos juzgar una obra todavía inconclusa. Pero esta vez voy a cambiar mi norma de conducta: quiero declarar en alta voz, mejor dicho, quiero comunicar a todos, mis pensamientos, mis ideas referentes al cuadro aún no pintado.

No es un capricho. No puedo obrar de otro modo, pues siento que, solo, no podré cumplir esta tarea. La historia que ha conmovido mi alma, la historia que me ha obligado a tomar el pincel me parece tan grandiosa, que no la puedo abarcar yo solo. Temo no poder expresarla, temo derramar la copa rebosante de recuerdos. Quiero que me ayuden todos con sus consejos, que me sugieran la solución, que, aunque mentalmente, estén a mi lado, junto al caballete, para compartir mi emoción.

No me nieguen el calor de sus corazones. Acérquense. Debo contarles esta historia...

Nuestro *aíl*¹ Kurkureu está situado en las estribaciones de las altas montañas, sobre una amplia meseta, a la que, por numerosas gargantas, descienden las ruidosas aguas de los riachuelos montañoses. Al pie del *aíl* se extiende el Valle Amarillo, inmensa estepa kazaja, bordeada por los contrafuertes de las Montañas

Negras y la oscura línea del ferrocarril, que se aleja en el horizonte, hacia occidente, a través de la llanura.

Encima del aíl, sobre un cerro, se yerguen dos altos álamos. Los tengo grabados en mi mente desde que tengo noción de mí mismo. De cualquier parte que llegues a nuestro Kurkureu, lo primero que distingues son estos dos álamos; están siempre ante la vista, como si fueran los faros de la montaña. No sé cómo aclararlo siquiera, quizá porque las impresiones de la niñez sean particularmente estimadas por el hombre, o porque ello esté relacionado con mi profesión de pintor; lo cierto es que siempre, cuando habiéndome apeado del tren atravieso la estepa en dirección a mi aíl, lo primero que obligatoriamente buscan mis ojos son mis entrañables álamos. Por muy altos que sean, difícilmente se los podría ver enseguida a tal distancia: pero yo siempre los veo, siempre los percibo.

¡Cuántas veces he regresado a Kurkureu desde lejanas regiones! Y cada vez, con el corazón oprimido de añoranza, pensaba: «¿Cuándo los veré? ¿Cuándo veré los álamos gemelos?» Me decía: «Debo regresar cuanto antes al aíl, subir pronto al cerro, correr hacia mis álamos y, luego, descansar a su sombra y deleitarme largamente hasta la embriaguez oyendo el rumoreo de su follaje.»

Tenemos en nuestro aíl infinidad de árboles; pero estos álamos son excepcionales: tienen su propia idioma y, al parecer, su propia alma cantante. A cualquier hora que llegues, de día o de noche, se balancean entrechocando sus ramas y, entrelazando sus hojas, susurran sin cesar en multiforme gama de inefable armonía.

Luego, muchos años después, comprendí el misterio de los dos álamos. Están sobre una elevación abierta a todos los vientos y responden al menor movimiento del aire; cada hoja recoge, sutil, el más mínimo soplo.

Pero el descubrimiento de esta sencilla verdad no me desencantó en absoluto, no me ha hecho perder aquella percepción infantil que conservo hasta hoy. Y aun ahora, los dos álamos, erigidos sobre el cerro, me parecen extraordinarios, con vida propia. Allá, junto a ellos, ha quedado mi infancia, como un maravilloso fragmento de cristal verde...

El último día de clase, antes de las vacaciones veraniegas, los chiquillos veníamos aquí corriendo a buscar nidos de pájaros. Cada vez, que, gritando y silbando, subíamos al cerro, los álamos gigantes, balanceándose de un lado al otro, parecían saludarnos con su fresca sombra y el susurro acariciador de su follaje. Y nosotros, descalzos, ayudándonos mutuamente, nos encaramábamos por troncos y ramas, provocando la alarma de los pájaros, que revoloteaban en bandadas piando sobre nuestras cabezas. ¡Pero qué nos importaba! Trepábamos más y más alto: ¡a ver quién era el más valiente, el más diestro! Y, súbitamente, desde una enorme altura, a vista de pájaro, se abría ante nosotros, como por arte de magia, un mundo maravilloso de espacio y de luz. La magnificencia de la tierra nos sorprendía. Conteniendo la respiración, fascinados, cada uno en su rama, nos olvidábamos de nidos y de pájaros. La caballeriza del koljós considerada por nosotros el mayor edificio del mundo, parecía desde allí un pequeño cobertizo. Y detrás del aíl, en confuso espejismo, se perdía la inmensidad de la estepa virginal. Contemplábamos sus lejanías, de un gris azulado, que se extendían hasta perderse de vista, y veíamos otras muchas tierras, antes ignotas, ríos desconocidos, que parecían finos hilos plateados en el horizonte. Escondido entre las ramas pensábamos: ¿será esto el fin del mundo, o hay también más allá este mismo cielo, estas mismas nubes y estepas, estos mismos ríos? Agazapados, suspensos, oíamos los sobrenaturales gemidos del viento y cómo las hojas, a modo de respuesta, susurraban a coro, cual si nos hablaran de regiones atrayentes y enigmáticas, escondidas allende las lejanías de un gris azulado.

Oía el murmullo de los álamos y mi corazón palpitaba con fuerza, lleno a la vez de pavor y de gozo; y envuelto en el embrujo de este suave e incesante susurro, me esforzaba en imaginar cómo serían aquellas distantes lejanías. Sólo había una cosa en la que yo no pensaba por aquel entonces: ¿quién había plantado aquí estos árboles? ¿En qué soñaba, de qué hablaba ese ser desconocido al asentar en la tierra las raíces de los arbolitos? ¿Con qué esperanza los plantó aquí, en el altozano?

Este cerro, donde se erguían los álamos, era llamado, no sé por qué, «la escuela de Diuishen». Me acuerdo de que si alguien tenía que buscar un caballo perdido y se dirigía a la primera per-

sona que le salía al encuentro, diciéndole: «Oye, ¿no has visto mi bayo?», casi siempre le contestaban: «Allá arriba, junto a la escuela de Diuishen, pacían por la noche caballos; ve, puede ser que encuentres aun el tuyo.» Imitando a los mayores, los muchachos, sin reflexionar, repetíamos: «¡Vengan, muchachos, vamos a la escuela de Diuishen, a los álamos, a ahuyentar a los gorriónes!»

Contaban que en cierto tiempo hubo una escuela en este cerro. Pero nosotros no hallamos el menor rastro. En mi infancia intenté varias veces encontrar por lo menos sus ruinas, pero por más que busqué y anduve, no pude descubrir nada. Luego, empezó a parecerme extraño que a un cerro pelado lo llamasen la «escuela de Diuishen», y en cierta ocasión pregunté a unos ancianos quien era ese Diuishen. Uno de ellos, haciendo un gesto desdeñoso con la mano, me dijo: «¿Quién es Diuishen? Pues ese mismo que vive ahora aquí, de la familia de la Oveja Coja. Eso fue hace mucho tiempo; entonces Diuishen era komsomol. En el cerro había una caballeriza abandonada. Y Diuishen abrió allí una escuela y enseñaba a los niños. Pero, ¡caso era aquello una escuela!; lo único que tenía de escuela era el nombre. ¡Ah, qué tiempos aquellos! Entonces todo aquel que podía agarrarse a las crines de un caballo y poner el pie en el estribo obraba como se le antojaba. Así era Diuishen. Hacía lo que le daba la gana. Y ahora, de aquella caballeriza no ha quedado piedra sobre piedra; ha desaparecido por completo; lo único que ha quedado es el nombre...»

Apenas conocía a Diuishen. Me acuerdo que era un hombre entrado en años, alto, anguloso, con espesas y fruncidas cejas. Su casa estaba en la otra orilla del río, en la calle de la segunda brigada. Cuando yo vivía aún en el aíl, Diuishen trabajaba de distribuidor de agua de riego en el koljós y se pasaba la vida en los campos. Una que otra vez pasaba por nuestra calle llevando un gran pico atado a la silla, y su caballo, también huesudo y de flacas patas, se parecía en algo a su dueño. Después Diuishen envejeció y, según decían, empezó a trabajar de cartero. Pero esto es lo de menos. La cuestión es otra. En aquel entonces, yo creía que un komsomol tenía que ser un buen jinete, entusiasta en el trabajo, ardiente orador, el más combativo de todos los jóvenes del aíl, el que pronunciaba discursos en las reuniones y escribía

en el periódico contra vagos y malversadores. Y, por más que me esforzaba, no podía imaginarme que este hombre barbudo y pacífico hubiera sido algún día komsomol, y, lo que era más sorprendente todavía, hubiera enseñado a los niños, cuando él mismo apenas sabía leer y escribir. ¡No, yo no podía comprender esto de ninguna manera! Hablando con franqueza, pensaba que esta era una de las muchas leyendas que relataban en nuestro aíl. Pero resultó que no había nada de eso...

El otoño pasado recibí un telegrama del aíl. Mis paisanos me invitaban a la solemne inauguración de una nueva escuela que el koljós había construido con sus propios medios. Inmediatamente decidí ir, pues, como es lógico, en un día tan feliz para nuestro aíl no podía quedarme sentado en mi casa. Incluso partí hacia allá unos días antes. Vagabundearé —pensaba—, echaré un vistazo, haré dibujos. Resultó que entre los invitados que esperaban, figuraba también la academia Sulaimánovna. Me dijeron que estaría un par de días y luego partiría a Moscú.

Sabía que esta mujer, hoy famosa, se marchó de nuestro aíl a la ciudad cuando era todavía una niña. Viviendo en la ciudad la conocí. Era ya de edad avanzada, gruesa, con muchas canas en su liso pelo cuidadosamente peinado. Nuestra ilustre paisana era profesora de la Universidad, daba conferencias de filosofía, trabajaba en la Academia y viajaba con frecuencia al extranjero. Estaba siempre muy ocupada, y por eso no logré conocerla más a fondo; pero cada vez que nos encontrábamos, dondequiera que fuese, siempre se interesaba por la vida de nuestro aíl, e infaliblemente, aunque fuese de manera escueta, me daba su opinión sobre mis cuadros. Un día me decidí a decirle:

—Altinái Sulaimánovna, bien le vendría ir al aíl a ver a los paisanos. Allí todos la conocen, se sienten orgullosos de usted; pero más que nada la conocen de oída y a veces, conversando, dicen que nuestra renombrada científica se aparta de nosotros, que ha olvidado por lo visto su Kurkureu.

—Habrá que ir, desde luego —dijo Altinái Sulaimánovna sonriendo con tristeza—. Yo misma sueño, desde hace mucho tiempo, con ir; hace un siglo que falta de allí. La verdad es que no tengo en Kurkureu ningún pariente. Pero no importa. Iré sin falta: debo ir, pues siento mucha nostalgia por mi tierra natal.

La académica Sulaimánovna llegó al aíl cuando en la escuela estaba a punto de comenzar la reunión solemne. Los koljosianos vieron por la ventana su coche y se lanzaron a la calle. Todos, conocidos y desconocidos, viejos y jóvenes, querían estrechar su mano. Altinái Sulaimánovna no esperaba probablemente tal acogida y, según me pareció, hasta se sentía algo turbada. Con las manos en el pecho saludaba a la gente y, con mucho trabajo, se abrió camino hacia la presidencia, situada en el escenario.

Sin duda, Altinái Sulaimánovna había estado ya muchas veces en reuniones solemnes y, seguramente, la recibían siempre con cordialidad y con honores; pero aquí, en esta sencilla escuela de aldea, la cordial simpatía de sus paisanos hizo que se sintiera conmovida, emocionada, pues trataba en vano de esconder unas lágrimas inoportunas.

Al terminar el acto, los niños anudaron al cuello del amado huésped el rojo pañuelo distintivo de los pioneros, le entregaron flores y encabezaron con su nombre el libro de honor de la nueva escuela. Luego hubo un interesante y alegre concierto, ofrecido por el conjunto de aficionados de la escuela, después de lo cual, el director de la misma invitó a su casa a los huéspedes, maestros y activistas del koljós.

Allí continuaron los agasajos; a Altinái Sulaimánovna con motivo de su llegada la instalaron en el sitio de honor, adornado con tapices, esforzándose en testimoniarle por todos los medios su respeto. Como siempre sucede en tales casos, había mucho ruido, y los invitados conversaban animadamente, brindando. Pero he aquí que entró en la sala un muchacho de la aldea y entregó al amo de la casa un paquete de telegramas. Éstos pasaron de mano en mano: antiguos alumnos felicitaban a sus paisanos con motivo de la inauguración de la escuela.

—Oye, ¿los telegramas los ha traído el viejo Diuishen? —preguntó el director.

—Sí —contestó el muchacho—. Dice que ha venido todo el camino fustigando al caballo para llegar a tiempo a la reunión, a fin de que fueran leídos públicamente. Nuestro honorable anciano se ha retrasado un poco y el hombre está apenado.

—Entonces, ¿a qué espera? ¡Llámalo, que se apeee y venga aquí.

El muchacho salió a llamar a Diuishen. Altinái Sulaimánovna, que estaba sentada a mi lado, se animó no sé por qué, y de una manera extraña, como si de pronto se acordara de algo, me preguntó de qué Diuishen estaba hablando.

—Es el cartero del koljós, Altinái Sulaimánovna. ¿Conoce usted al viejo Diuishen?

Asintió vagamente con la cabeza; luego intentó ponerse de pie, pero en ese momento se oyó un ruido de cascos, alguien pasó montado a caballo, junto a la ventana, y el muchacho, entrando de nuevo, le dijo al anfitrión:

—Lo he llamado, pero se ha marchado; aún tiene que repartir cartas.

—Bueno, que las reparta; no hay por qué retenerlo. Luego estará un rato con los viejos —masculló alguien en tono descontento.

—¡Oh! ¡Ustedes no conocen a nuestro Diuishen! Es un esclavo del deber. Siempre cumple su servicio puntualmente.

—Justamente, es una persona rara. Después de la guerra salió del hospital —esto era en Ucrania— y se quedó a vivir allí; hace sólo unos cinco años que regresó. «He regresado para morir en mi patria chica», dice. Toda la vida sin familia.

—De todos modos, lamento que no haya entrado... Bueno, dejémoslo —y el amo de la casa hizo un gesto con la mano como queriendo decir: no tiene importancia.

—Camaradas, no sé si alguno de ustedes se acordará de que hubo un tiempo en que estudiamos en la escuela de Diuishen —una de las personas más honorables del aíl levantó la copa—. Y, seguramente, él mismo no conocía todas las letras del alfabeto —el que hablaba entornó los ojos y meneó la cabeza. Todo su aspecto expresaba asombro y burla.

—Pues mira, es verdad —replicaron varias voces.

Hubo un coro de risas.

—¡No me digan! ¡Qué no haría entonces Diuishen! Y nosotros, nosotros le tomábamos en serio por un maestro.

Cuando se acabaron las risas, el hombre que había levantado su copa prosiguió:

—Y bien, ahora la gente ha crecido a ojos vistas. La académica Altinái es conocida en todo el país. Casi todos hemos terminado la enseñanza secundaria y muchos la superior. Hoy inau-

guramos en nuestro aíl una nueva escuela secundaria y este solo hecho muestra elocuentemente cómo ha cambiado nuestra vida. Así que ¡vengan, paisanos!, ¡brindemos porque los hijos e hijas de Kurkureu sean también en el futuro personas avanzadas de su época!

Todos hablaron de nuevo, apoyando unánimes el brindis, y solo Altinái Sulaimánovna enrojeció, llena de turbación, no sé por qué, apenas acercó la copa a los labios. Pero como todos estaban animados por la fiesta y ocupados en sus conversaciones, nadie se dio cuenta de su estado de ánimo.

Altinái Sulaimánovna miró varias veces su reloj. Y luego, cuando los invitados salieron a la calle, vi que ella estaba junto a una acequia, apartada de todos, mirando fijamente hacia el cerro, hacia el punto donde se balanceaban al viento los rojizos álamos otoñales. El sol estaba en el ocaso junto a la raya liliácea de la lejana estepa, envuelta ya en las primeras sombras del crepúsculo. Desde allí lucían sus postreros destellos, tiñendo las copas de los álamos con su púrpura apagada y triste.

Me acerqué a Altinái Sulaimánovna.

—Ahora se están deshojando, pero si viera usted estos álamos en primavera, cuando están en flor —le dije.

—En eso estaba yo precisamente pensando —contestó exhalando un suspiro; y, después de un momento de silencio, añadió como quien habla consigo mismo:

—Sí, todo cuanto vive tiene su primavera y su otoño.

Por su rostro ajado, surcado de finas arrugas junto a los ojos, se deslizó una sombra triste y pensativa. Miraba los álamos con una pena puramente femenina. Y, de pronto, vi que ante mí tenía, no a la académica Sulaimánovna, sino a la más sencilla mujer kirguisa, sin la menor picardía, tanto en sus penas como en sus alegrías. Esta mujer tan erudita recordaba ahora, al parecer, la época de su juventud, a la que, como se dice en nuestras canciones, no alcanzas con tus gritos desde la más alta cumbre de las montañas. Era como si, mirando los álamos, quisiera decir algo; pero después cambió, por lo visto, de parecer, y bruscamente se puso las gafas que tenía en la mano.

—¿El tren de Moscú pasa por aquí a las once?

—Sí, a las once de la noche.

—Entonces, tengo que prepararme.